

CORBIN, Alain, *Histoire buissonnière de la pluie*, Flammarion, París, 2017, 112 pp.

Alain Corbin, que es, hoy en día, el historiador francés más traducido en el mundo y una de las principales figuras de la historiografía a nivel internacional, acaba de publicar su última obra titulada *Histoire buissonnière de la pluie* en la editorial Flammarion. En ese libro, dedicado a la historia de la lluvia, el autor observa que, «al final del siglo XVIII, se intensifica la sensibilidad del individuo por los fenómenos meteorológicos» (p. 9) y se construye un relato sobre sus efectos. Esto implica analizar la manera según la cual la lluvia «es deseada, percibida, sentida e incluso [criticada] por el individuo, en ese tiempo en el cual se exagera la meteo-sensibilidad» (p. 9). Corbin considera que esa época representa una ruptura fundamental, dado que «se puede distinguir un antes y un después» (p. 9).

Así, en sus *Etudes de la nature*, publicados en 1784, Bernardin de Saint-Pierre subraya «los placeres de la lluvia y del mal tiempo» (p. 9). Para disfrutar de la lluvia, nos dice Saint-Pierre, es preciso «que nuestro alma viaje y que nuestro cuerpo descanse» (p. 9). A su vez, el escritor Joseph Joubert, en sus *Carnets*, y, luego, el pintor Pierre-Henri de Valenciennes, en su manual destinado a sus alumnos, se interesan por «el placer de la mirada, [ya que] la lluvia colorea los elementos de la naturaleza. Les confiere una belleza inesperada, de la que el individuo se delecta» (p. 15). Así, Joubert muestra de qué manera «la lluvia convierte el cuerpo en más atento, más [reflexivo y] más sensible a los ruidos, a los matices de color, a la impresión que le [procuran] los objetos» (p. 15). Para de Valenciennes, la lluvia da brillo a los objetos de la naturaleza, pero ese brillo no es inmediato, sino que requiere tiempo (p. 16).

No en vano, todas las valoraciones sobre la lluvia «no son tan exaltadas (...). La manera de sentirla, a menudo asociada a la noción de mal tiempo, es (...) fundamentalmente negativa» (p. 27). Así, Maine de Biran dice sentirse mal cuando el tiempo es lluvioso. No se trata de uno mero odio, ya que «integra el inconveniente de la lluvia en una red de constelaciones (...) que desemboca en el malestar provocado por la imprevisibilidad y la inestabilidad» (p. 27). Las valoraciones de la lluvia se mezclan con las preocupaciones que afectan a su alma, a las sensaciones procuradas por su propio cuerpo, a sus pensamientos, a sus recuerdos, a sus deseos y a sus interrogaciones sobre la vida (pp. 27-28).

A ese respecto, Corbin subraya que los testimonios sobre la valoración individual de la lluvia son poco frecuentes antes del siglo XVIII (p. 29). Y, cuando la lluvia tiene presencia en las obras de los artistas del Renacimiento y de los Tiempos modernos, es, ante todo, a través del Diluvio (p. 29).

A su vez, la correspondencia de la marquesa de Sévigné, de mediados del siglo XVII, presta cierta atención a los efectos de la lluvia. Sus textos reflejan la influencia de las convicciones derivadas de la medicina humoral (p. 30). «En general, está asociada a un humor sombrío, a una tristeza [notable]» (p. 31). Posteriormente, «en la gran mayoría de los casos, la lluvia es (...) designada como [desagradable]» (p. 35). Así, Baudelaire convierte el paisaje urbano lluvioso en un componente del *esplín*, y, en la obra de Verlaine, la lluvia está asociada a la melancolía (p. 35). Para que la valoración sea positiva, «es preciso (...) que coincidan el chaparrón y [un] acontecimiento feliz, lo más a menudo de naturaleza erótica» (p. 36).

En cuanto a las reacciones colectivas ante la lluvia, conviene considerar la historia de su valor político (p. 41). Varios episodios han marcado la representación política de la lluvia (p. 41). Por ejemplo, la fiesta de la Federación, que tuvo lugar en París el 14 de julio de 1790 para celebrar el aniversario de la toma de la Bastilla, estuvo marcada por la lluvia. La primera reacción ante esa meteorología fue desfavorable (p. 41), sobre todo por parte de los adversarios de la Revolución (p. 42). Sus partidarios, en cambio, intentaron revertir la situación y lo consiguieron. De hecho, bajo la lluvia, soldados y ciudadanos empezaron a bailar. Esta actitud demuestra que «la lluvia es incapaz de perjudicar [y] que las intemperies no [pueden] refrenar el entusiasmo revolucionario. (...) El hecho de estar mojados juntos crea la unión. (...) La lluvia funda una comunidad de sentimientos» (pp. 42-43).

A la inversa, la lluvia puede estar asociada al sufrimiento en contextos dramáticos. De hecho, «desde la Antigüedad, los sufrimientos causados por la lluvia, en tiempos de guerra, han atraído la atención de los historiadores de los conflictos armados. Así, durante la Edad Media, la lluvia convierte los caminos en impracticables para el caballero errante, lo que condiciona su existencia, determina sus combates y, a veces, retrasa sus amores (p. 49). Más recientemente, los historiadores han analizado los sentimientos provocados por la lluvia durante la Primera Guerra Mundial (p. 49). En las trincheras, la lluvia irrumpe con fuerza y es inseparable del barro que produce. Ese barro es líquido y pegajoso o espeso y traicionero (p. 50). Para los soldados mojados, «el barro redobla el suplicio de la lluvia» (p. 51).

En cuanto al campo, existe un deseo de lluvia en periodos de sequía, al tiempo que los campesinos están preocupados por las precipitaciones excesivas, las lluvias interminables y los granizos (p. 55). Desde la Antigüedad, existe la certeza de que los acontecimientos celestes y marinos, es decir aquellos susceptibles de determinar las precipitaciones, están entre las manos de la divinidad que suscita las lluvias, crea las nubes y provoca las tormentas (p. 55). Así, los cristianos han considerado que las lluvias, los granizos y las tormentas estaban entre las manos de Dios, el cual, a través de su mediación, recompensaba o castigaba a los fieles (p. 56). En ese sentido, se escuchaba el cielo para poder discernir los signos

que indicaban el enfado de Dios o la intervención del diablo (p. 56). Estas creencias han suscitado «une serie de rituales destinados a [provocar] la lluvia o a protegerse de las tormentas» (p. 56). Podía tratarse de rezos o de procesiones, pero también de actos más discretos practicados en pequeñas parroquias rurales.

No en vano, a lo largo del siglo XIX, «la ciencia meteorológica ha lentamente desacreditado (...) todo lo que dependía de la intervención divina o diabólica» (p. 65). Hoy en día, «la exactitud de la previsión del tiempo (...) ha profundamente modificado las modalidades de la espera. Estos nuevos datos han [hecho desaparecer] el efecto sorpresa y, sobre todo, [han] descalificado los saberes [ancestrales] que (...) preveían la irrupción o no de la lluvia» (p. 66). Actualmente, nos dice Corbin, existe una verdadera obsesión por la precisión y una hipersensibilidad respecto a los fenómenos meteorológicos, lo que traduce una profunda modificación de las sensaciones provocadas por la lluvia o su ausencia (p. 67).

Al término de la lectura de *Histoire buissonnière de la pluie*, conviene recordar que la presente obra se inscribe en la continuidad de libros anteriores de Corbin, tales como *La pluie, le soleil et le vent. Une histoire de la sensibilité au temps qu'il fait*. En ese sentido, el autor es uno de los precursores de la percepción social de los fenómenos meteorológicos. A su vez, el historiador francés menciona innumerables ejemplos extraídos de obras literarias y poéticas, tanto contemporáneas como antiguas, para ilustrar su historia de la lluvia. Hace gala, para ello, de rigor analítico, claridad en la demostración y fluidez en el estilo. No en vano, se echa en falta un mayor equilibrio en los periodos escogidos, en la medida en que predominan los ejemplos de los siglos XVII, XVIII y XIX.

En cualquier caso, la lectura de esta obra, corta pero densa, de uno de los historiadores más originales de la actualidad, se antoja indispensable para profundizar nuestros conocimientos en la historia de las sensibilidades.

*Eguzki Urteaga*